

Antología de Córdoba

Córdoba, una de las regiones más tolerantes de la Tierra

EL FENÓMENO ANDALUZ ES SIMBOLISMO

Por el Doctor C. BLANCO SOLER

A Joaquín Gisbert, José María Rey y Enrique Luque.

Muy avanzada la noche deambulábamos por las calles cordobesas con unos buenos amigos que nos acompañaban entre sabiduría y anécdota. El hechizo caminaba con nosotros, dejando el ánimo suspenso y el corazón vivo al recuerdo y al orgullo. Córdoba, impecable e inteligente, se remoja. Allí, con sus nuevas avenidas y su parque cuajado de un tumulto de flores... Acá en cambio, la callecita recoleta y ligera como un piropo. Cada rincón vive nuevamente su espíritu; cada cuesta o escalinata exhibe el temblor eterno de su ánimo, y nos gusta seguir esas vueltas y revueltas, recodos y plazuelas que en laberinto de delicia nos empuja a no cansarnos ni a sentarnos jamás. El descanso—si lo hubiera—sería de pie, mirando a las ventanas vencidas por las rosas que se desploman con garbo perezoso. Arriba, el cielo azulea con la transparencia de una sonrisa, y todo, en fin, se mezcla al eco de nuestros pasos, que sabe a música y a siglos... Es indudable que este peregrinaje es único en el mundo, y cuantos hoy miman a Córdoba merecen de reconocimiento. La rampa, perfectamente urbanizada, a estilo de la época, marginada por la columna y la fuente; el macizo, discreto, y la maceta, humilde. ¡Ah! La plaza donde Góngora jugaba y reía, primero, y después amó y picardeó. Allí—señala un cordobés desconocido que pasa al desgaire a nuestro lado—fué donde don Luis se cayó, poniendo en grave trance a las letras españolas de su siglo. Dicho esto, el cordobés siguió su ruta sin el menor comentario.

El cordobés es un extraordinario valor humano

Córdoba toda, la vieja y eterna Córdoba, es una ciudad de excepción, donde el habitante y el paisaje se dan amable cita. No se com-

prende al cordobés sin su ambiente de maravilla. Córdoba ha creado un específico tipo de hombre: sereno, cordial, sentencioso, lleno de gracia que matiza la sentencia sin disminuir en un ápice la sabiduría que la impregna. El cordobés es un extraordinario valor humano que se repite a través de los siglos con sus rasgos característicos, sean las que fueren las gentes que dominan las tierras califales. Porque hay una impalpable afinidad de estilo entre Séneca, Lucano, Ibn Gabirol, con su «Fuente de la vida», sea o no neoplatónico. El historiador Abu Meruan ben Jayan; Mondzir Ebn Said, el anatematizador de Abd ar-Rahman III; el poeta y filósofo Ibn Hazm, que dejó el más bello tratado de amor de su tiempo, hoy adaptado al castellano por García Gómez: el «Collar de la paloma», en el que Asín Palacios, enfrente de Dozy, tiende a no ver una empresa totalmente árabe; Averroes; Maimónides, autor del «Libro del consejo», cuyo diálogo entre la riqueza y el carácter no desmerece en austeridad y retórica de los más acabados escolásticos, siendo, además, el primer biólogo que afirmó las estrechas relaciones entre la salud física y la mental. Y, por último, el propio Manolete, símbolo y mito del toreo, más cerca de lo que éste tenga de mitraísmo que de jarana y populachería. El cordobés, aunque distinto a todos, es fiel a sí mismo, y Córdoba a los que allí nacen les da la impronta del gesto. El gesto del cordobés, reposado sin pereza, con señorío, sin empaque, matiza las palabras, que parecen pesar kilos cuando salen de sus labios. Este ambiente de seriedad sin tristeza y de melancolía superada es factible a los mayores deleites espirituales. Se comprende a Córdoba de Abd ar-Rahman II, emporio de arte y amiga de las letras; que fuera amada por el poeta y músico Zyryab; que en el «amor cortés» compitiera con Provenza; que naciera la clepsidra entre sus muros y que hasta los atisbos de la aviación los iniciara personalmente Abbas Ibn Firnas —mitad mago y mitad filósofo—, lanzándose al vacío en un planeador con grave riesgo de su vida. Abbas Ibn Firnas había descubierto en su laboratorio el encanto del cristal. Parece, pues, lógico que la poetisa alemana Hroswitha llamara a Córdoba «ornato del mundo».

Una de las regiones más tolerantes de la tierra

Córdoba es, por natural aristocracia, una de las regiones más tolerantes de la tierra. Nos asombra la cultura innata hasta del mozuelo más desarrapado. La cultura en Córdoba nos rodea y empa sin producir engolamiento. Nace como nacen sus flores.

La ciudad, como sus ciudadanos, se repliega en sí misma y su his-

toria es una continua intimidad que al crecer se expande y nutre al mundo sin el menor deseo de realizarla. En los momentos más altos de su intelectualidad. Córdoba no hace feria de vanidades de su pensamiento. Pero llega a todos lados: a los desiertos caliginosos de Berbería y a las brumas y soledades del norte de Europa. Hoy el Marruecos mal llamado francés es una deliciosa fantasía. Rabat, por ejemplo, siendo andaluza en sus gustos, en sus apellidos, en su vida familiar, pese a esas avenidas europeas que morirán más rápidamente que Medina Azahara. . La impronta de Córdoba pervivirá sin cansancio ni abandono en Marruecos, como en otras comarcas que pertenecen espiritualmente a España, y un día, al encontrarse a sí mismas, orgullosas de su progenie, pedirán a voces volver al campo histórico del que no debieron separarse nunca y en el que no serán instrumentos a colonizar, sino factor magnífico para dar matiz y volumen a la civilización universal. La mayor parte de la burguesía de Rabat usa nombres españoles: Vargas, Palomino, Moreno, Ruy Díaz, López, Pérez, etc., escribe Levi Provençal, y desde el trato a sus mujeres hasta sus guisos confirman su ascendencia cordobesa. La impronta de Córdoba es eterna, y les servirá de cauce y motivo para el retorno al solar de sus mayores. ¡Y que maravilloso aporte a la civilización—insistimos—la de estos pueblos hermanos! Sólo una soberbia estúpida puede desear borrarlos del acervo cultural del porvenir.

El fenómeno andaluz es simbolismo

Sabe a realidad y vaticinio la frase de Xaquendi en plena Edad Media «Si no fuera por el Al-Andalus no se haría mención del Mogreb, el cual habría permanecido perennemente en la oscuridad » . Porque fué Andalucía el corazón de las razas que la conquistaron; la Bética se convirtió con Roma en vergel y popularidad, como ocurrió con Sevilla y Córdoba en tiempos de los árabes. Después Andalucía descubrió América y le dió tono y aire, y últimamente, pese a las demás regiones españolas, sigue Andalucía diciendo al mundo lo español, porque en realidad es lo diferente. Y abandonemos de nuestro ánimo lo del pintorequismo. Bien estudiado, el fenómeno andaluz es simbolismo. Si alguien lo supone estrictamente pintoresco, allá él. «El fulgor—dejó escrito Dionisio de Areopagita—no ilumina siempre, sino solamente cuando encuentra materia dispuesta a recibir su influencia.»

(«Ya», Madrid, 1 agosto 1954).